

ría Santísima, la sujeción al confesor. Pero en esto procédase con orden, comenzando por lo más fácil, y al principio atiéndase principalmente á la mortificación de los sentidos externos. Después atienda á desprenderlo del amor á la hacienda, honra y otros objetos agradables; en seguida aplíquelo más seriamente á contradecir todas sus pasiones y movimientos imperfectos. Cuando viere que ha vencido muchos de estos obstáculos, ejercítelo en la frecuencia de los sacramentos y en practicar con prontitud los actos de las virtudes que antes ejecutaba con dificultad. Si viere que ha adquirido mucha facilidad en el ejercicio de las virtudes morales, procure que se sirva de ellas para practicar todos los actos de caridad para con Dios y para con el prójimo. Llegado aquí habrá alcanzado la perfección, la que puede subir más y más.

Adviértase que lo que se ha explicado en este Compendio sucesivamente, en la práctica se hace á un mismo tiempo; y así á la vez que se ponen los medios, se remueven los impedimentos de la perfección, se va adquiriendo facilidad en la práctica de las virtudes morales y se adelanta en la virtud de la caridad, en que consiste la perfección cristiana.

FIN



---

# TEOLOGIA MISTICA

---







## CAPITULO I

*Definición y división de la Teología Mística.*

### DE LA CONTEMPLACION Y SUS GRADOS.

**L**A Teología Mística, es la ciencia que conduce al alma por las sendas de la perfección hasta la unión de perfecta caridad con Dios; y esto por los caminos extraordinarios de la gracia.

Se divide en doctrinal y experimental. La primera se ocupa en considerar si los actos de la experimental son perfecta ó imperfectamente unitivos; en dar reglas seguras que conduzcan á las almas en estos difíciles caminos; y en preparar á las que aun no entran por ellos para cuando Dios se digne llamarlas; y finalmente para adelantar en esos mismos caminos. :

La Teología Mística experimental, según su



acto principal, consiste en un conocimiento puro de Dios, que se recibe en la obscuridad luminosa ó en la claridad oscura (1) de una elevada contemplación, con un amor tan íntimo, que perdiendo al alma á sí misma trata de unirla y transformarla en Dios, que es el único que puede infundir los actos sublimes con que la une consigo y la transforma toda en amor; mediante una luz extraordinaria que le comunica el Señor.

La contemplación mística es una elevación de la mente en Dios y en las cosas divinas, con una vista simple admirativa y amorosa en ellas.

Para conocer cuando un alma es llamada por Dios á la contemplación, se dan las siguientes señales: 1ª Cuando un alma está suficientemente dispuesta, mediante la extirpación de los vicios, la mortificación de las pasiones y el ejercicio de las virtudes, y sin embargo de esto no puede meditar como antes lo hacía; sintiéndose impedida en sus imaginaciones y discursos; y siente mucha dificultad y sequedad en sus consideraciones.

Esta primera señal no basta por sí sola para conocer que Dios llama al alma á la contemplación; por esto debe añadirse la segunda señal que consiste en que el alma, aunque nada pueda meditar, sin embargo no se disipa ni pierde el espíritu de la devoción. A estas señales se agrega la tercera que es la principal, y es

---

(1) Véase el Capítulo V y IV.

cuando el alma se halla en la oración con cierta vista amorosa para con Dios, con paz y quietud interior.

Cuando se hallan en un alma las tres señales anteriores, el Director no tiene que impedirle; solamente ocúpese en animarla y dirigirla.

Por lo demás, el Director ha de impedir á sus penitentes, cuando quieran dedicarse á la oración, el que pretendan consuelos, gustos espirituales ó elevadas contemplaciones; no dejando que para conseguirlo usen de algún arte ó industria, pues la contemplación es don de Dios que no se alcanza por esos caminos; mas si se procede con sencillez y humildad en la meditación, y vinieren las tieblas, la sequedad y otros padecimientos, asístalos y ánimoles, aconsejándoles que lean en su libro de meditaciones. Si nada de esto sirviese, dígaes que se humillen reconociendo su miseria, sin perder la paz ni dejar la meditación. Si por el contrario reciben consuelos espirituales, muéstreles que deben recibirlos con desasimiento y humildad, sirviéndose de ellos para desprenderse del mundo y consagrarse más al servicio de Dios; y no aficionándose á tales delicias y consuelos.

No hay tiempo determinado para pasar de la meditación á la contemplación, pues esto pende únicamente de Dios.

Se divide la contemplación en adquirida, que es la que puede conseguirse con nuestras industrias ayudadas de la gracia; pero si se



consigue es por un favor especial de Dios Nuestro Señor.

La contemplación infusa si bien de ordinario presupone disposiciones remotas en el sujeto, no depende de ellas, sino solamente de la voluntad de Dios, y viene cuando menos se piensa, y con una luz muy viva y un amor muy ardiente, y con suavidad y dulzura inexplicables.

Si dudase el Director que el Señor llamaba á su penitente á la contemplación ó á la meditación, dedíquelo á esta última, á fin de que se ejercite en extirpar los vicios, adquirir las virtudes y en aumentar sus deseos de imitar á Jesucristo. Así también cuando falta la contemplación, debe dedicarse á las obras exteriores de caridad, de celo y obediencia; sin dejar sus oraciones y ejercicios de piedad; mas antes bien, ejecutándolos con todo el fervor que sea posible.

El objeto primario de la contemplación es el mismo Dios, y el secundario lo son todas las obras naturales y sobrenaturales que ha hecho, y que nos llevan á su conocimiento y amor.

Entre estas obras la más ilustre es la Sma. Humanidad de Ntro. Señor Jesucristo. También son objeto de la contemplación, la gracia santificante, las gracias actuales, los sacramentos, los beneficios generales y particulares; y aun nuestros pecados que tan maravillosamente nos descubren la bondad de Dios, y su paciencia, y la voluntad que tiene de salvarnos. Asimismo son objeto de la contemplación los

Angeles y la Reina de todos ellos; y en una palabra, lo que es materia de fe es objeto de contemplación.

Las propiedades y efectos de la contemplación son los siguientes. La suspensión de la mente en Dios que consiste en una perfecta atención al objeto divino, que se contempla con entero olvido de cualquiera otra cosa y con una grande admiración. La segunda propiedad es la delectación y el gozo, que á veces se contienen en la parte superior del alma; y otras se comunican á la inferior, que produce encendimientos amorosos, suaves desvanecimientos, lágrimas, gran delicia en los sentidos interiores y aun en los exteriores. Es la tercera propiedad, la paz interior que nace del objeto y del mismo acto de la contemplación.

Los efectos son la humildad profunda y sincera, el desasimiento de todas las cosas terrenas, el odio y aborrecimiento á sus defectos, el deseo de la mortificación, la fortaleza en sufrir las tribulaciones, vengan de parte de quien vinieren; la abnegación del propio juicio y de la propia voluntad; y en fin, la caridad para con el prójimo trabajando, padeciendo y obrando incansablemente por él, á fin de conducirlo á Dios Ntro. Señor.

Aunque la contemplación es un don de Dios que lo da El á quien le agrada; sin embargo, las disposiciones que generalmente hablando se requieren para ella, son las siguientes: la soledad, el retiro, la guarda de los sentidos y la mode-



ración en las obras exteriores. Una vez cumplidas las obligaciones del propio estado, el alma procure no disiparse, sino recógase en su interior para tratar con Dios, ú ocúpese en oraciones vocales, en la lección espiritual ó en la meditación.

Son también disposiciones el despego de todas las cosas terrenas, la dureza de corazón, la extirpación de los vicios y de las pasiones, la continua mortificación interior y el desprecio de toda honra y gloria mundana, y en fin las oraciones vocales y mentales, y la continua presencia de Dios Ntro. Señor.

## CAPITULO II

*Diversos grados de contemplación sobrenatural.  
Oración de quietud y recogimiento.*

**La** oración de recogimiento consiste en un retiro subitáneo y suave de todas las potencias interiores á lo íntimo del alma. Este recogimiento no es grado de perfecta contemplación; sino solamente Dios llama con él al alma que quiere elevar á la contemplación sobrenatural, como el pastor con un silbo atrae á las ovejas á su derredor. En esta oración no se ha de dejar del todo la meditación según enseña Sta. Teresa.

Los efectos de este recogimiento, son mayor despego de los bienes mundanos que descubren

su vanidad y miseria al ser comparados con los eternos; mayor amor á la oración y á la soledad interior y exterior.

A este grado de oración, precede algunas veces la presencia de Dios, que ocurre al alma para ocuparse en la oración mental y vocal.

Cuando el Director advierta que su penitente es llamado á este recogimiento interior; cuando se halle ocupado en oraciones vocales, dispóngale que si éstas, no siendo de obligación, se lo impiden, la suspenda por entonces; y siendo obligatorias, tendrá que continuarlas con toda paz y quietud.

Ayude el Director al alma que es llamada á este recogimiento, prescribiéndole que aumente la oración y viva en mayor soledad y desprendimiento de las cosas de la tierra.

El segundo grado de oración es el silencio espiritual que consiste en una suspensión, en que las potencias del alma no se pierden; pero sí quedan atónitas delante de Dios, llenas de admiración y de amor. La imaginación queda atónita sin divertirse á otros objetos. El entendimiento detenido por la admiración de las grandezas que Dios le descubre, no discurre; la voluntad satisfecha descansa en su amor; el apetito sensitivo está tranquilo; y todo esto produce un silencio suave y delicioso, por causa de la luz y del amor.

En este grado el alma, ó bien ve cuando se fija en Dios con simple y delicada vista ú oye estando atenta á Dios como si le hablase.



Los efectos de esta oración son mayores que los del recogimiento de que hemos hablado; porque son mayores también la luz y el amor que Dios infunde en el alma.

En este grado de oración el alma tiene que permanecer en la admiración y en el amor en que Dios la detiene, y si conoce que Dios le quiere hablar no se lo impida, mas antes préngase para oírle.

El silencio de que hablamos dura breve tiempo; y pasado éste vuelva el alma á sus reflexiones y coloquios de agradecimientos y demás afectos que Dios le inspire.

El tercer grado de la contemplación, es la oración de quietud infusa, que es cierto reposo y suavidad interior, que nace de lo más íntimo y profundo del alma; y á veces rebosa y se derrama en los sentidos y potencias corporales, lo cual proviene de que el alma está junto á Dios y siente su presencia. Proviene del don de la sabiduría, por el cual el alma no sólo cree sino que siente espiritualmente la presencia de Dios, que derrama una indecible suavidad en todas las potencias del alma que queda en una serenidad muy deliciosa; contenta, satisfecha y sin tener más que desear. Siente una fragancia suavísima, cual si en lo más profundo de ella un fuego sagrado difundiese perfumes olorosos. Siente también, cual si tuviese en lo más interior de su ser, una concha de la cual manase agua celestial, que al dilatar sus senos la inundara de inexplicables delicias, fortaleciéndola, sosegándola, llenándola de dulzura.

Esta quietud infusa no es siempre de un mismo grado, sino que es más ó menos intensa según la voluntad de Dios.

En esta oración la voluntad está unida á Dios, pero con una unión imperfecta; pues no da la unión cumplida sino sólo es principio de unión. Si siente la presencia de Dios, no está penetrada de un toque de la divinidad que la haga perder toda y la transforme en El.—El entendimiento, la imaginación y la memoria no quedan unidas ni suspendidas, sino que están libres para obrar; y aun muchas veces estando unida la voluntad, la memoria y la imaginación vagan por objetos impertinentes. En tales circunstancias no hay que hacerles caso; y, permaneciendo con Dios la voluntad, poco á poco vendrá hacia ella.

No trate la voluntad de recogerlas, empeñándose en esto; pues perdería su quietud y la suavidad de su oración.

Tal vez por días enteros la voluntad goza de quietud y reposo en Dios, y sin embargo la imaginación y las demás potencias se ocupan en acciones externas, no sólo sin embarazo, sino con mayor aptitud. Esto no sucede en los primeros grados de la oración de quietud; sino en los altos grados de ella. En los primeros el alma está muy recogida en sí misma, sin atreverse á mover temiendo la pérdida del gran bien que ha hallado. Los efectos de la oración de quietud infusa, á más del claro conocimiento que deja en el alma de su nada y miseria,



son los siguientes: un amor desinteresado para con Dios, á quien se ama no por motivo del galardón sino por sí mismo. Esta centella de amor puro destierra todo temor servil, é introduce en el alma el amor filial que evita toda falta, no por temor del castigo sino por no desagravar á quien ama. Esté amor está lleno de humilde y firme esperanza.

Respecto de este grado de oración puede contrahacerlo el demonio despertando en el apetito sensitivo alguna afición dulce y suave, con algún reposo y quietud aparentes.—En los de naturaleza sensible, ésta también puede suministrarles algún afecto delicioso, por el cual crea el alma que está unida á Dios. El Director en tales casos proceda con mucha cautela, advirtiéndole que la luz que suministra el demonio, no es clara ni serena; y la dulzura que el alma siente tendrá más de extrínseca y superficial que de profunda.

Por los efectos, sobre todo, se descubrirá la intervención del demonio; pues la tranquilidad no será constante y la disipación y la poca humildad vendrán en séguida.

Cuando la quietud viene del temperamento se conocerá si se ha hecho algún esfuerzo por adquirir el sosiego y la quietud; y si después de la oración queda fría, árida y sin ningún buen efecto. Procure el Director que su penitente levante su alma á Dios con pura fe, ejercitándose en los actos que ésta le sugiera, y fijándose solamente en Dios. Si la quietud viene

de Dios aumentará; sucediendo lo contrario si viene del demonio.

Si la quietud y los consuelos vienen de la naturaleza, ordénele que jamás los procure ni se cuide de ellos; que guiándose por la fe medite en los misterios divinos; y que esté preparado para recibir las sequedades y los desconuelos que Dios se digne mandarle, y que en todo proceda con sinceridad. Que tenga mucho amor á la humanidad de Ntro. Señor Jesucristo y á los misterios de su vida y pasión.

Si por el contrario, el Director advirtiese que su penitente tiene verdadera oración de quietud infusa, ordénele que dejando toda consideración se conserve en paz delante de Dios; humillándose por tener aquel bien que no merece, rogando por sí y por los otros, poniéndose en brazos del Señor y ofreciéndose á hacer grandes cosas por El; pero todo esto sin esfuerzo, con actos simples hechos interrumpida y suavemente, siguiendo la luz y el afecto que Dios le inspire; mas practique todo esto con una santa y humilde libertad de espíritu. Todo se ha de practicar sin comprometer la salud del cuerpo y la del alma. En tales casos deben prohibirse las penitencias, se ha de abreviar la oración, y se han de tomar el alimento y el sueño necesarios para la salud.

Se distingue el desvanecimiento natural del raptó, en lo siguiente: En el raptó se pierden los sentidos exteriores violentamente; pero el alma tiene el sentimiento de Dios y está unida



y transformada en El; y aunque se repitan siempre se reciben en El, visiones é inteligencias distintas. Nada de esto hay en el desvanecimiento natural. Si no hay las sobredichas señales, prescriba el Director á su penitente que no se entregue á aquellas dulzuras, mas después de breve tiempo las corte, á fin de no dañar la salud.

No siendo llevada el alma á más alto grado de oración, téngase mucho cuidado con ella, teniéndola lejos de las ocasiones, y manténgase en la oración y el silencio; si no es que deba tratar con los prójimos por razón de su ministerio; y aun entonces exíjasele el recogimiento y la práctica de la mortificación, de la humildad y otras virtudes. Si cayese en sus antiguas miserias, vuélvasele á la oración y á la penitencia.

Cuando un alma humilde, desprendida y sólidamente virtuosa, dice que no puede meditar en la oración, sino que en ella está ociosa; pregúntesele si en la oración está con Dios, si goza de quietud y paz interior; y si después de la oración está recogida, humilde y animada para la virtud. En tal caso anímela y consuélala, pero mándele que nunca omita las obras exteriores á que está obligada y que convienen á su estado; mas siempre tendría que practicarlas con vigilancia, recogimiento y presencia de Dios. El Director señálele las oraciones y ejercicios proporcionados á su condición, á fin de evitar todo exceso que pudiera perjudicarla.

### CAPITULO III

#### *Embriaguez de amor.—Sueño espiritual (1).*

**S**i la oración de quietud es muy elevada y perfecta, se llama embriaguez de amor, que es el cuarto grado de oración sobrenatural.

Esta misma embriaguez de amor se divide en imperfecta y perfecta. La imperfecta es un amor encendido en el apetito sensitivo; dulcísimo y ferviente, aun más de lo que puede desear el corazón; amor que obliga á dar saltos y á prorrumpir en ímpetus de grandes afectos que no pueden contenerse y que se manifiesta con acciones extrañas y desacostumbradas: v. g.: en clamores, gemidos, lágrimas, risa, temblores, bailes, carreras repentinas, etc.

Este amor no es el más elevado que puede Dios comunicar á una alma; porque proviene de una luz no tan intelectual ni tan pura como la de otros grados de oración; y porque se enciende en el apetito sensitivo. Sin embargo, por medio de ese amor, quiere Dios despegar á las almas del afecto á las cosas sensibles, animarlas á la mortificación y negación de sí mismas y atraerlas á su Majestad.

La embriaguez perfecta de amor sólo se comunica al espíritu, con gozo y suavidad muy

[1] Centella, sed y ansias de amor.